

MéxiCorea



Raquel Padilla Ramos

"En las fincas henequeneras habitaban personas de distintos orígenes y culturas: chinos, coreanos, cubanos, españoles, huastecos, yaquis y, principalmente, mayas, todos ellos con diferentes lenguas o dialectos, necesidades, búsquedas, condiciones cívicas, perspectivas... Así como la "fiebre del oro" llevó a la conquista del Viejo Oeste en los Estados Unidos de Norteamérica, la fiebre del "oro verde" atrajo extranjeros que veían en el henequén a una planta mágica que transformaría en un dos por tres el destino de sus vidas"

Tuve la fortuna de asistir al Seminario sobre el Centésimo Aniversario de la Inmigración Coreana a México en la ciudad de Seúl, Corea del Sur, invitada por la Embajada de México en Corea y la Universidad de Danguk. El objetivo de mi visita a Seúl era presentar una ponencia sobre los obreros agrícolas de las haciendas henequeneras de Yucatán, lugar a donde fueron destinados los coreanos emigrantes, para laborar en el corte de hojas de henequén.

En este seminario se analizaron las causas por las cuales más de un millar de coreanos tuvo que salir de su país engañado con las falsas promesas de un México pleno de seguridad y riqueza. Los enganchadores de brazos agrícolas no tuvieron empacho en "embarullar" a esta gente desprotegida, y fue así como lograron que los coreanos se decidieran a emigrar a la península de Yucatán a principios del siglo XX. La suerte que corrieron distaba mucho de lo que se les había ofrecido y, de hecho, compartieron en el campo yucateco las mismas condiciones laborales e inhumanas de los mayas, yaquis y otros grupos étnicos.

Pero Corea sufría lo propio. Al despuntar el alba de la centuria pasada, el emperador coreano prohibió la exportación de cereales, lo que provocó una crisis económica al interior de ese país. Después, una gran inundación arrasó con pueblos enteros y, como

consecuencia, sobrevinieron la hambruna y la mortandad por cólera. Encima de todo, existía la amenaza constante de una usurpación territorial por parte de Japón. Los hacendados henequeneros y los enganchadores supieron aprovechar esta coyuntura que provocó la fuga de mano de obra y el desmoronamiento económico de Corea. Así, en el vapor Ilford (de una compañía naviera británica) se embarcaron los coreanos que viajarían a México, haciendo escala en Japón. Atracaron en Salina Cruz, Oaxaca y después, por tren, viajaron con rumbo a Coatzacoalcos, Veracruz, desde donde tomaron el vapor Hidalgo que los llevaría a puerto Progreso en Yucatán.

México no era ni es un país de inmigración como lo ha sido Argentina o la Unión Americana, por lo tanto, no contemplaba el arribo de orientales como una inmigración masiva, sino esporádica y casual. Sin embargo, Yucatán no pensaba lo mismo. El auge henequenero y sobre todo la perennidad de la planta (lo cual hace que se requiera mano de obra intensiva todo el año) hicieron que los hacendados buscaran toda clase de mecanismos para atraer trabajadores a la Península. Es así como en aquellos primeros años del siglo XX, los henequeneros fueron testigos de la confluencia de personas de distintas partes de México y el mundo. Ahora, a cien años de aquellos sucesos, las repúblicas de Corea y México se han preocupado por recordarlos, en aras de afianzar las relaciones bilaterales y del establecimiento de acuerdos económicos.